

EL DESPRECIO AGRADECIDO.

Comedia del teatro antiguo español, que escribió en tres jornadas Frey Lope Feliz de Vega Carpio, *refundida y puesta en cinco actos por* D. Vicente de Lalama, *representada por primera vez en el teatro de la Cruz el 12 de junio de 1832.*

PERSONAS.

D. Bernardo.
Octavia.
Lisarda, y
Florela *hijas de*
D. Alejandro.
Lucindo, *su hijo.*
Sancho, *criado de D. Bernardo.*
Mendo, *criado de Octavio.*
Ines, *criada de Lisarda.*
Acompañamiento.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala de casa de Lisarda, con puertas laterales, dejando ver por el fondo el jardin: el teatro estará oscuro. En la escena habrá un bufete con libros y sillas.

ESCENA PRIMERA.

D. Bernardo *y* Sancho *con espadas desnudas y broqueles: vienen por el jardin.*

Ber. Que torpe salto que diste!
San. Eran las paredes altas.
Ber. Tú pienso que mejor saltas
porque mas miedo tubiste.
San. ¿Quién no teme á la justicia
y dejando un hombre muerto?
Ber. Temerario desconcierto:
quien vive, vivir codicia.
casa principal es esta
á donde habemos entrado.
San. Todo vengo desollado,
sangre la pared me cuesta.
Ber. Con la oscuridad no veo
mas de que aqueste es jardin.
San. Qué habemos de hacer en fin?
Ber. Librarme, Sancho, deseo.
San. Si nos sienten, es forzoso
pensar que somos ladrones.
Ber. En que fuertes confusiones
se pone un hombre celoso!
San. Nunca el diablo nos dejára
venir de Sevilla aquí.
Ber. Sala es esta. Entraré?
San. Si. (*se esconden.*)
Ber. Nunca á Sevilla llegára.

ESCENA II.

Dichos, Lisarda, Florela, Ines *con luces.*

Lis. Pon la vela en esa mesa
y muestra aquel azafate,
(*Inés coloca en un azafate lo que le vá dando Lisarda.*)
quitaréme aquestas rosas
que no quiero que se ajen.
Ber. Mugeres hablan.
San. Repara
en que dicen que se van
á acostar.
Ber. Pues que haremos?
San. Que lo que fuere miremos
puesto que tan cerca están.
Flo. ¡Que cansado estuvo Octavio!
Lis. No hay cosa que tanto canse,
como un deudo pretendiente
de marido, y no de amante.
Flo. Ten esa cadena, Inés.
Lis. Lo que siento desnudarme!
Flo. Yo mucho mas que vestirme.
Ines. Pues que quereis que os enfade,
si el vestiros y adornaros
por la mañana se hace:
cuando tomas los pinceles
para que hermosas agraden

los claveles y jazmines
que suelen desfigurarse
en el curso de la noche?
Flo. ¡Que bueno estubo esta tarde
el prado!
Lis. La confusion
de los coches fué notable.
Flo. Bravo humo, brava gloria,
brava prosa de galanes,
muy valido anduvo el riesgo,
superior, inescusable,
valimiento, accion, despejo
ruidoso, activo el donaire,
lucimiento y carabanas.
Lis. Caso estraño: que el lenguage
tenga sus tiempos tambien?
Flo. Vienen á ser novedades
las cosas que se olvidaron.
Lis. De nada pude alegrarme.
Flo. Pues hartos lo pretendieron.
Lis. Pasea por esta calle,
á una dama Sevillana,
bien prendida y de buen aire,
su ropa de levantar
testimonios ó alamares:
papagayo en el balcon
y en casa mulata y paje,
un forastero, Florela,
de estremada gracia y talle,
en que he reparado un poco.
Flo. No es poco que tú repares:
hate parecido bien?
Lis. No, pero puedo jurarte
que me pesa de que mire,
sin saber porque lo cause,
esta dama al forastero.
Flo. Eso nace de agradarte,
que amor de celos y embidia
dicen algunos que nace;
cuando de súbito viene,
sin que le dé la otra parte
materia para querer
en servicios ó amistades,
en requiebros ó en papel.
Lis. Solo diré, y esto baste,
que asi quisiera un marido.
Flo. Y á Octavio no?
Lis. Dios me guarde.
(*caésele el broquel á Sancho.*)
¡Jesus! Que ruido es este?
Flo. Qué se cayó?
Ines. No te espantes.
Lis. Cerraste la puerta, Inés?
Ines. Cuál, Señora?
Lis. La que cae
al jardin.
Ines. Abierta está.
Lis. Que buen cuidado!
Ines. Mas tarde
suele cerrarse otras veces.
Lis. Disculpas y necedades.
Toma esa luz, mira presto
lo que se cayó.
Ines. ¡Notable
cosa!
Lis. Como?
Ines. Un broquel.
Lis. Qué?
Flo. Aqui broquel?
Lis. Semejante
prenda será de mi hermano.
Ines. Si, ó el miedo pinta dislates,
ó alli diviso dos hombres
que pretenden ocultarse.
Lis. Jesus mil veces! Ladrones...

ESCENA III.

Dichas, D. Bernardo y Sancho.

Ber. Vuesas mercedes no hablen
palabra, que una desdicha
fué la ocasion de que entrase
donde estoy; soy caballero;
maté un hombre en esa calle,
entréme en la primer casa
para que no me llevasen
preso, donde una muger
me dijo que me pasase
por la pared de otro huerto
á estas casas principales,
donde estaria seguro;
que ella, por marido ó padre
celosos, no se atrevia
á tenerme ni á guardarme.
Y arrimando una escalera,
pasamos de esta otra parte,
saltando desde las tapias,
aunque con peligro grande.
Si piedad en el valor
de las personas que nacen
con tantas obligaciones
es justo, señoras, que hallen
desdichas de un caballero,
no deis causa á que me maten,
que yo soy el que dijisteis
que os pesaba que pasase,
con lo demas que no digo,
por esta muger, la calle;
ella me dió la ocasion
para que al hombre matase.
Si me obligais á salir,
sus deudos han de matarme,
ó la justicia prenderme;
mas no es posible que falte
piedad en tanta hermosura,
pues no solamente un angel,
sino dos, en tal peligro
quiere el cielo que me guarden.
Lis. ¡Que notable confusion!
(*habla ap. con Florela.*)
San. Y vos, Señora, amparadme
por angel añadidura
de estos coros celestiales,
que me matará mi amo,
porque soy tan miserable
que se me cayó el broquel
dormido en desgracias tales.
Ines. Mis amas estan ahora
en consulta; no se gazmie,
que ya lo he visto otra vez,
y con lo que resultáre
tendrá sagrado ó destierro.
San. Si salgo de estos azares,
te ofrezco un broquel de cera
como si fueras imágen.
Lis. Por haberos visto, y ver
que sois hombre principal,
aunque el caso es desigual

de mi honesto proceder,
quiero parecer muger
en tener piedad de vos,
aunque ignoro de los dos
las calidades y nombres,
y en piedad, mas que los hombres
nos parecemos á Dios.
Lo que vos habeis oido
no lo puedo yo negar;
ni vos amar ni dejar
la dama que os ha ofendido:
pero quede repartido
entre los tres el suceso,
que yo os libre de ser preso,
y que ella obligue á sus ojos
á que no os den mas enojos,
y vos á tener mas seso.

BER. Señora, si quiso amor
que por tan grande rodeo
me trajese un mal deseo
á un bien nacido favor,
mayor que el mal, en rigor,
será la dicha y el bien,
y vos el sagrado en quien
mi vida con mi ventura,
como en templo de hermosura
seguras de hoy mas esten.
Y siendo mi asilo y templo,
en sus aras, con razon,
arderá mi corazon
para agradecido ejemplo,
en cuya imágen contemplo
mis prisiones por despojos:
pero hame causado enojos
que tan poco me guardeis,
si hasta el alba prometeis
y ha salido en vuestros ojos.
La dama que me ha traido
por entre casos injustos,
tanto pueden malos gustos,
desde Sevilla perdido,
en quien nace bien nacido
aborrezco, y vuestro soy:
quitaréla desde hoy
el alma, para que sea
vuestra, aunque viene tan fea
que con vergüenza os la doy.
Es mi nombre, que mejor
lo que no sabeis abona,
D. Bernardo de Cardona
conque he dicho mi valor:
aquí hay piedad y rigor,
rigor, porque amé sin veros,
piedad, por enterneceros
en quererme defender,
que amaros no pudo ser
primero que conoceros.

LIS. Inés?
INES. Señora?
LIS. A los dos
oculta en ese aposento,
y quédense con la llave.
SAN. Aun no escapamos de presos?
INES. Venid, Señores, que es tarde.
SAN. Inés, ¿no habrá por lo menos
dos deditos de colchon?
INES. Colchon?
SAN. Es mucho requiebro?
INES. Tan despacio quiere estar?
SAN. ¿No vé que todo me duermo?
INES. Pues para que pide lana
si en bronce fuera lo mesmo?
LIS. Ven, Florela
FLO. El alma llevo
lastimada de este caso. (*vase y Lisarda.*)

ESCENA IV.

D. BERNARDO, SANCHO é INES.

BER. Cómo se llama esta dama?
INES. Lisarda, y el caballero
su padre, D. Alejandro.
BER. Pudiera mejor que el griego
llamarse el magno, por ser
quien mas hazañas ha hecho,
en solo hacer á Lisarda,
porque con sus ojos bellos
puede conquistar el mundo.
INES. Yo la diré ese concepto
cuando la esté descalzando.
BER. Cien escudos teneis ciertos
por un zapatillo suyo.
INES. Tan prestísimo?
BER. Soy tierno.
INES. Pues para qué le quereis?
BER. Para traerle aqui dentro.
INES. Son de ponlevi, y el tacon
os hará mal en el pecho.
BER. Quien es la otra Señora?
INES. Su hermana.
BER. Es angel, es cielo.
INES. Mas que pedis un zapato?
BER. No pido, aunque le encarezco.
INES. Entrad, porque descanseis,
y vendré en amaneciendo
á despertaros.
BER. Inés,
no duermo sino me acuesto.
INES. Pues un libro y esta vela
(*toma uno de la mesa y se lo dá.*)
os serán de gran provecho.
BER. Quién es?
INES. Parte veinte y seis
de Lope.
BER. Libros supuestos
que con su nombre se imprimen.
SAN. ¿Y á mi, por sino me duermo,
qué me dais?
INES. A don Quijote,
porque vos y vuestro dueño
imitais sus aventuras.
BER. Dices verdad.
SAN. Y aun sospecho
que habemos de ser mas locos
si Dios no nos guarda el seso.
(*entranse por la segunda puerta izquierda. Inés se vá por la primera dejando la luz.*)

ESCENA V.

OCTAVIO, LUCINDO, MENDO.

OCT. Gran ventura por Dios.
LUC. Notable ha sido.
OCT. En fin, no estais herido?
LUC. Diome la vida el jaco.
OCT. ¿De que modo
fué la cuestion?
MEN. Asi lo sabré todo, (*ap.*)

sin contar como suelen en ausencia
de la parte que falta la pendencia.
Luc. De vuestro tio y de mi padre alinda
la casa de una dama Sevillana,
que no es tan fresca, limpia, hermosa y linda,
la risa de la cándida mañana,
pues como á cuanto mire, abrase y rinda,
ni arrogante, ni facil, ni tirana,
para añadir á su beldad trofeos
ardieron en sus ojos mis deseos.
Visitándola, pues, como vecino
con toda honestidad dos ó tres dias,
ó la amistad ó la llaneza vino
á que escuchase las razones mias:
amor que con su ciego desatino
en preguntas, respuestas y porfias,
el tiempo pasa, sin sentir que pasa
me dió sueño de necios en su casa.
Oct. Eso no entiendo.
Luc. Es nombre que se ha puesto
á quien en una silla porfiado
en la conversacion es tan molesto,
que parece que en ella está acostado:
yo pues, si bien con proceder honesto
estube tan dormido y tan cansado,
como si fuera un bronce hasta las once,
cera en el alma, y en el cuerpo bronce.
A las horas que digo un hombre llama
con mas furor que si llamára en huerta:
la casa tiembla, túrbase la dama,
la dormida familia se despierta,
yo por ganar de bravo alguna fama
no me dejo rogar, voy á la puerta,
donde si uno llamó, dos hombres miro,
terció la capa, desenvaino y tiro.
Oct. Brava resolucion!
Luc. No hagais donaire,
que estaba á la ventana Dorotea;
mas por dar cuchilladas de buen aire
como quien bravo parecer desea,
me pudo suceder tan mal desaire,
que el uno que me busca y no rodea,
de una estocada, aunque el izquierdo saco,
me derribó, caí; bien haya el jaco.
Oct. Poco firme de pies os considero.
Luc. Poco? Direis mejor diestro de manos:
acudió la justicia, el caballero
fugitivo midió los aires vanos;
suelen llamar las once mil de acero,
los que escriben de casos inhumanos,
á los jacos de malla, y hoy lo creo,
pues que por su favor libre me veo.
Oct. Idos á vuestro cuarto, que en sabiendo
quién es este celoso mal sufrido,
iremos la venganza previniendo;
aunque él es, hasta ahora, el ofendido
y con firme amistad, reconociendo
su antigüedad, pondreis en justo olvido
un amor, que aun no ha llegado á ser infante,
pues sois en esperanzas tierno amante.
Luc. Perdonadme el dejaros tan aprisa
que no por primo, por amigo os llamo.
Oct. El aurora otra vez con mayor risa
bajando el ruiseñor del nido al ramo,
que sale ya la gente nos avisa,
hoy vendré á veros.
Luc. Ya sabeis que os amo,
y mas ahora que mi padre aguarda
que seais primo y marido de Lisarda. *(vase.)*

ESCENA VI.

Octavio y Mendo.

Oct. Durmiendo estás aqui, Lisarda mia,
cuando yo por tus ojos me desvelo:
oh sol despertador de los mortales,
pues que duerme mi sol, porqué no sales?
Despierta, que te aguardan tantas flores,
hermosa aurora, y tantas fuentes puras,
unas piden cristal, otras colores;
¿quién duda, estrellas, que estareis seguras,
dulces calandrias, pájaros cantores
que el pico suspendeis? Noches oscuras
despertad á Lisarda, que á Lisarda
la flor, el ave, el agua, el alma aguarda.
¿Que hará, Mendo, á tales horas
mi Lisarda?
Men. Tu Lisarda
estará ahora durmiendo,
porque son las cuatro dadas.
Oct. Por eso se borda el cielo
de tantas puntas de plata,
porque como duerme el sol
cubren sus cúpulas altas.
¿Que piensas, Mendo, que son
aquellas negras pestañas?
Lanzas que guardan las niñas,
que en dos camas de esmeraldas
estan durmiendo, que como
son reinas, duermen con guardas.
Men. Bravos disparates dices:
solo te falta que añadas
los monteros de Espinosa
y tudescas alabardas;
lo cierto será, Señor,
que estarán ella y su hermana
soñando como doncellas.
Oct. Qué soñarán?
Men. Que se casan,
que despues que balbuciente,
formando medias palabras,
desata la edad la lengua,
repiten marido y taita.
Oct. Lisarda soñará, y bien:
no se dirá por Lisarda
que los sueños sueños son,
que nos casamos mañana.
¿Que sientes de su belleza,
de su donaire y su gracia?
Men. Que es discreta como fea,
y como hermosa bizarra.
Oct. ¿Crees que me quiere mucho?
Men. De la manera que ama
el trigo al sol en agosto,
la tierra en abril el agua,
un avariento su hacienda,
un estrangero su patria,
y un marido á su muger
las primeras tres semanas.
Oct. ¿Habrá algun hombre en el mundo
que con su talle y sus galas
pueda parecerle bien?
Men. Y con su belleza rara
de Adonis y de Jacinto.
Oct. Oh balcones, oh ventanas,
oh puertas! ¡cuando será
noche que estando cerradas,

me llame dueño dichoso
de la mas humilde esclava!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa el tocador de Leonarda con dos puertas y vista al jardin.

ESCENA PRIMERA.

BER. Buena noche.
SAN. Toledana.
BER. Peor fuera estando presos.
SAN. Ya doña Aurora celeste
clarifica el aposento,
y le dan el parabien
los pájaros de este huerto,
chillando por los tejados
tantos gorrioncitos nuevos
que parece que nos llaman.
BER. Perdidos amanecemos.
SAN. En una huerta del prado
bebió largo un estrangero,
y en la puerta de Alcalá
se le dejaron sus deudos:
los coches que se partian
al anochecer, creyendo
que entre muchos que alli aguardan
sentados, era uno de ellos,
le dijeron que se entrase
con los demas, los cocheros;
lo que él hizo, sin saber
si era coche ó aposento;
durmió como niño en cuna,
y á la mañana despierto,
preguntaba por la casa
de los amigos, creyendo
que le llevaron en coche,
hasta que del coche el dueño
pedia el dinero á voces,
y el estrangero pidiendo
que le volviese á Madrid,
pues sin causa mi concierto
le llevaron á Alcalá
estando en Madrid durmiendo.
Los que á las voces llegaron,
celebraron el suceso,
y dándole la ropilla
para prenda del dinero
del porte, volvió á Madrid
á pie, desnudo, sin cuello,
sin zapatos, sin espada,
sin comer y sin sombrero.
No pienso que es necesario
decir que este mismo sueño
nos ha pasado á los dos,
tú con el vino de celos,
y yo siguiendo tus pasos,
pues nos hallamos despiertos
como el otro en Alcalá,
en casa de un caballero,
que si nos pidiese al porte
por ventura volveremos
mas desnudos á la calle.
BER. Bien has aplicado el cuento
como yo hubiera dormido,
que toda la noche en peso
he pasado en desatinos,
las historias revolviendo
de Dorotea, á quien ya
como al demonio aborrezco.
SAN. Al demonio?
BER. Sí, y aun mas.
SAN. Tan presto, Señor?
BER. No es presto,
porque un agravio de amor
son muchos años de tiempo:
al estrangero que dices
imito; en anocheciendo
mis celos en Dorotea,
hoy en Lisarda amanezco.
¿Conque gracia se quitaba
las rosas de sus cabellos
con el márfil de las manos?
¡Y las joyas que poniendo
iba en aquel azafate!
¡Que airoso talle! Qué cuerpo!
Cuando se quitó la ropa
quedó como un angel bello
en la almilla.
SAN. Si por Dios,
que á ponerle un candelero
y unas alas, no podia
ser mas propio.
BER. Al fin me quejo
de tí, por cuyo broquel
no pasó de almilla adentro,
que sino es por el ruido
ya desplegaba el manteo
y se quedaba de ninfa.
SAN. No te quejes, que no es bueno
verlas en paños menores,
á donde las mas es menos,
que en mugeres y empanadas
del figon, hay mucho hueso:
Una vez compré un besugo
tan pequeño en pan tan hueco,
que dije alzando la tapa:
¿qué haces aquí, D. Pigmeo?
Y me respondió con risa;
soy engaña majaderos,
que compra lo que no ven
y afirman lo que no vieron.
BER. En fin, esta mala noche,
Sancho, pasaste durmiendo?
SAN. Señor, engañado estás,
que en no cenando no duermo:
por todo ese gabinete
ó tocador, que asi creo
que se llama en Francia, á donde
tienen las damas su espejo
y aderezos de matar,
porque sus blancos aceros,
broqueles, rodelas, jacos,
son las rosas de Toledo,
los jazmines del gran turco,
los moldes y otros enredos,
aunque ya quiero callar,
que no meterme protesto
en lo que introduce el uso
sea malo ó sea bueno.
Digo pues, Señor, que anduve
buscando con mucho tiento

entre catres y escritorios
algo que comer, y veo
un bote que presumi
jalea; destapo y pruebo,
y he pensado reventar.
BER. Como?
SAN. Era algun embeleco
de aceite de mata y lirios,
limon y clara de huebos,
ó cosas tan endiabladas,
que parece que me dieron
tártago, ó si hay otra cosa
mas amarga; fuera de esto
hallé en una escribania
un papel, y aqui le tengo.
BER. Papel? Muestra, que ya el sol
por ver si Lisarda dentro
de su tocador está
para consultar su espejo,
acecha por los resquicios.
Letra es de hombre, escucha atento.
« Prima de mis ojos.
SAN. Malo.
BER. La prima, Sancho, era bueno,
lo malo es lo de mis ojos.
SAN. Di adelante.
BER. «Ya tenemos (*lee.*)
la dispensacion.»
SAN. Detente
vive Dios que es casamiento,
y traen la dispensacion
porque deben de ser deudos.
Errado habemos el lance
y el camino, si volvemos
de Alcalá á Madrid tan tristes.
BER. Pena me ha dado.
SAN. Que haremos
si ha puesto el bordon por prima?
BER. Gran falta en tal instrumento.
SAN. Quedo, que siento una llave.
BER. Y yo siento que me han muerto
con espada de papel.

ESCENA II.

Dichos é INES.

INES. Buenos dias, caballeros.
BER. Que mejores, bella Inés,
que entrando vos por aurora?
Que hace el sol?
INES. Quién, mi señora?
BER. El sol de estos ojos es.
INES. Ya está vestida, y su hermana
y ella se quieren tocar;
dicen que les deis lugar,
que pues es tan de mañana
podeis salir sin que os vean.
BER. No podré volver á ver
esas damas?
INES. Podrá ser,
que pienso que lo desean:
toda la noche han estado
hablando de vos las dos.
BER. De mi?
INES. De vos, que de vos
estan las dos con cuidado.
SAN. ¿Hase visto en rosa pura
tal amanecer de Inés?
Bien haya la que no es
artificio en la hermosura.
Haste visto esta mañana?
INES. Lisonjas, Sancho, en ayunas?
SAN. No te dijera ningunas,
á no ser verdad tan llana
que con hambre, no hay amor
que aliente buenos efectos.
INES. Bueno estás para conceptos.
SAN. Y para almorzar mejor.
¿No cortarás de un tocino
alguna lonja, que suene
en la sarten?
INES. Mi ama viene.

ESCENA III.

Dichos y LISARDA.

BER. Amaneced, sol divino,
en los ojos que han pasado
tal noche.
LIS. No fué mejor
la mia, con el temor
á que me habeis obligado;
y creed que me ha pesado
de la descomodidad:
aunque si digo verdad,
que huesped que él se convida,
es fuerza que la comida
la busque en la voluntad.
Salid, Señor D. Bernardo,
antes que entre mas el dia,
que por quien veros podria
justamente me acobardo;
que á un hombre, mozo y gallardo,
y á tal hora, es ocasion
que ofenderá su opinion,
que hay vecino que por gala
lo menos vive en la sala
y lo mas en el balcon.
Tened agradecimiento
á quien entrar os dejó
donde ninguno llegó
á poner el pensamiento;
que el mio de ver su intento
tiene tan perdido el brio,
que de verle desconfio
con mas valor del que os muestra,
si bien es la culpa vuestra
y el atrevimiento mio.
BER. La aurora y el sol, Señora,
salen para hacer vivir
los hombres, vos en salir
para despedirme ahora,
ni pareceis sol ni aurora:
pero pues ya lo sois mia,
¿que temor os desconfia
si vuestra luz considera?
Pues aunque de noche fuera
por fuerza saldré de dia.
Yo pagaré la posada
como nadie la pagó,
pues por lo que no durmió
el alma dejo empeñada:
toda estubo desvelada
en vuestros bellos despojos,
dándoles dulces enojos
el veros cerca tambien,
porque nadie durmió bien
dándole el Sol en los ojos.

Y asi, con esta atrevida
imaginacion turbada,
que por pared tan delgada
pasaba á veros dormida:
estaba tan divertida
el alma en lo mas perfeto,
que es fuerza, como hace efeto
la fuerte imaginacion,
pedir, Señora, perdon
de que os perdiese el respeto.
Deseó mi atrevimiento
que mi alma cuerpo fuera,
porque la pared pudiera
pasar como el pensamiento,
que si el pensamiento atento
á lo que intentó gozar,
queriéndose transformar
en hombre, pudiera ser,
no hubiese hermosa muger
que se pudiera guardar.
No hay llave, puerta ó rigor
que á lo imaginado asombre,
que de pensamiento de hombre
que muger guarda su honor?
Y no es menester favor
para entrar el pensamiento
al mas guardado aposento,
si bien se engaña despues,
porque como viento es
tambien lo que goza es viento.
Y estube, espíritu en fin,
como al sol el tornasol,
mirando dormido al sol
entre clavel y jazmin,
y dije: tal Serafin
será fin de Dorotea,
porque no hay cosa mas fea
que amar despues del agravio,
ni pensamiento mas sabio
que el que se muda y se emplea.
Mas como quien llegó tarde
posada no suele hallar,
y partir sin descansar
antes que la luz aguarde:
estoy, señora, cobarde,
porque como no dormia,
mirando me entretenia
vuestro tocador, y en él
hallé, Señora, un papel
en que mi muerte venia.
Quise en el primer renglon
que la vela le encendiese,
y porque mas pronto ardiese
lleguéle á mi corazon.
Oh engaño de mi pasion!
Oh que necia confianza!
Oh que burlada esperanza!
pues que por quemarle á él,
ardió el corazon en él
y se trocó la venganza.
Ya sé que os casais, ya sé
que no tengo que esperar,
que me tardé en caminar
y otro en la posada hallé;
mas ya que desdicha fué
por suerte dichosa estimo,
conque á padecer me animo
aunque parto descontento,
que estube en vuestro aposento
primero que vuestro primo.

Lis. Papel? Mostrad.

Ber. Eso no,
que ya sabeis del papel
el dueño, y lo que hay en él
apenas lo he visto yo;
basta saber que llegó
la dispensacion que espera
vuestro primo. ¿Quién dijera
que en tan breves ocasiones,
de donde vienen perdones
mi muerte injusta viniera.

Lis. Don Bernardo, yo no pude
lo porvenir prevenir,
ni hay ciencia en lo porvenir
que las desventuras mude:
ya no hay que tema ó que dude,
fuerza es casarme: no sé
que os diga, solo diré
que aunque mi primo merece
mucho, no me lo parece
despues que os vi y os hablé.
Mi padre tiene este gusto,
no soy la primera yo
que la obediencia obligó
á casarse con disgusto:
sea justo ó no sea justo,
ya es fuerza ser su muger;
y digo bien, que ha de ser
fuerza por fuerza el casarme.

Ber. ¡Que de cosas á matarme
se juntan!

Lis. Qué puedo hacer?

Ber. Yo me volveré á Sevilla
y su rio aumentaré
con lágrimas, ó seré
peña de su verde orilla:
adios generosa villa,
no para mi, que me han muerto,
pues el casamiento es cierto
de Lisarda.

Lis. Yo quisiera
Bernardo, que no lo fuera;
idos, que es tarde.

Ber. No acierto.

ESCENA IV.

Dichos y Florela.

Flo. Estais locos? ¿Cómo estais
tan ciegos de esta manera,
que no veis que es medio dia?

Lis. Que es medio dia, Florela?

Flo. La dulce conversacion
no sabe que el tiempo vuela,
hurta á la vida las horas
sin que la vida lo sienta:
ya no es posible salir
D. Bernardo.

Ber. Ni quisiera
eternamente.

Lis. Ay hermana
dádome has notable pena.

Flo. De comer pide mi padre.

San. Y yo tambien lo pidiera,
si estubiera entre cristianos,
pues no ha pasado cuaresma
por mi como desde ayer;
pienso que si me pusieran

sobre cualquiera color,
eso mismo pareciera:
Camaleon soy, Inés.
INES. Presto comerás, espera.
SAN. Presto comerás? Soy niño
cuando viene de la escuela?
Mira que rabio, y con rabia
tienen sacada licencia
los perros para morder,
los pobres y los poetas.
BER. En fin, no podré salir?
FLO. Verte nuestro padre es fuerza.
LIS. No hay sino esperar la noche.
FLO. En eso, Lisarda, aciertas,
que es imposible salir
sino es que todos lo vean.
LIS. A esconderse, caballeros.
SAN. A esconderme? ¿No pudiera
ir á la cocina yo?
INES. Entra, desollado, entra.
SAN. Tú me desuellas.
INES. Yo?
SAN. Sí,
pues te vas con la pelleja.
(vanse y se ocultan en la pieza segunda de la izquierda, Inés cierra y dá la llave á Lisarda.

ESCENA V.

LISARDA, FLORELA é INES.

LIS. Entra, y cierra, Inés. No sé
que habemos de hacer, Florela,
para que secretamente
coma esa gente, que es fuerza.
FLO. Eso no te dé cuidado;
pero pedirte quisiera
una merced.
LIS. ¿Qué te puedo
negar que posible sea?
FLO. Mañana te has de casar.
LIS. Dios sabe lo que me pesa.
FLO. D. Bernardo es hombre noble,
rico, y de gallardas prendas;
hablarle yo no es razon:
tú pues esta tarde queda
en casa, puedes decirle
que no se vaya á su tierra,
que holgarás, pues no ha de ser
tuyo, que yo le merezca,
para que seais cuñados.
Que me hable y que me quiera,
que me sirva y que me escriba,
que tú sabes, que tú piensas
que le tengo inclinacion,
con otras cosas mas tiernas,
porque nunca son culpadas
inclinaciones honestas.
Que con eso que tú harás
como quien es tan discreta,
harás de una hermana esclava.
LIS. Yo lo haré para que entiendas,
Florela, lo que te quiero,
pues quiero tambien que sepas,
que te doy celosa un hombre
que algun cuidado me cuesta,
que con esto, por lo menos
negociaré que te vea.
FLO. Dame tus manos.
LIS. Hermana,
si gustas, pudieras ir
á ver lo que padre ordena.
(vase Florela é Inés.)

ESCENA VI.

LISARDA *sola.*

Flores de aqueste jardin
por donde entró D. Bernardo,
y en quien tornasol aguardo
al sol que ha de ser mi fin:
rosa, clavel y jazmin,
que con vida mas segura
gozais tan breve hermosura,
que en un mismo dia haceis
de la cuna en que naceis
vuestra verde sepultura;
hablar con vosotras quiero,
pues que tubo mi alegria
principio y fin en un dia,
y donde nacisteis muero:
el mismo término espero;
flor como vosotras fui,
nacisteis donde nací,
y si engañadas estais,
á saber lo que durais
aprended flores de mi.
La luz de vuestros colores,
la pompa de vuestras hojas,
que azules, blancas y rojas
retratan celos y amores:
¿por qué os desvanecen, flores,
si aviso y ejemplo os doy,
que ayer fui lo que hoy no soy?
Y si hoy no soy lo que ayer,
hoy podreis en mi saber
lo que vá de ayer á hoy.
Como vosotras fué cierto
que dió mi esperanza flor,
pero siempre las de amor
tubieron el fruto incierto:
aspid vivo, amor cubierto
de vosotras, no le ví,
matóme y díjome así:
para que quien hoy me vea
tan diferente, no crea
que ayer maravilla fuí.
Sois con hermosos colores
como las que viste amor,
exhalaciones de olor
porque haya cometas flores:
¡oh faciles resplandores
á quien imitando estoy,
pues hoy maravilla soy
de ver que ayer diese aqui
sombra al sol con lo que fui,
y hoy sombra mia no soy.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala de la posada de Octavio.

ESCENA PRIMERA.

OCTAVIO y MENDO.

OCT. ¡Bravo hombre!

Men.— [illegible] Cid español!
Mas ya que de veros llora
sin dormir perlas, la aurora,
no se las enjugue el sol.
Oct. No tendrá fuerzas el sueño
para vencer el disgusto,
porque solo con el gusto
es de las potencias dueño.
Men. Temerarias cuchilladas
tiraba el hombre, por Dios.
Oct. No se me fueran los dos
ó bien ó mal reparadas,
á no haber imaginado
en medio de la cuestion,
que ciertos señores son...
Men. Señores?
Oct. Que con cuidado
pasan, Mendo, cada dia
por la calle de Lisarda.
Men. Florela es dama gallarda
y por Florela seria.
Oct. En esa duda ó temor
de tan súbito accidente,
no será amor tan valiente
que no le venza el honor.
No mas Lisarda, esto es hecho,
rasgue la dispensacion
Alejandro, que no son
burlas para un noble pecho.
Si el mayor príncipe fuera
el que su calle pasára,
lo que el poder intentára
mi loco amor resistiera.
Pero quien sale á las doce
de la noche de su casa,
pues me descasa y se casa,
por muchos años la goce.
Men. Pues cómo podrás cumplir
la palabra que le has dado
á Alejandro?
Oct. Ese cuidado
se remedia con fingir
que aguardo á D. Juan mi hermano,
que como sabes está
en Sevilla.
Men. Aunque será
disculpa, es remedio en vano:
porque con la dilacion
y el verte triste, darás
causa que sospechen mas.
Oct. Antes con esta ocasion
la tendré para saber
si es Lisarda, ó si es Florela,
procediendo con cautela,
para no darle á entender
neciamente lo que ví,
por ser mi sangre en efeto.
Men. Es pensamiento discreto. (*llaman dentro.*)
Oct. Llaman á la puerta?
Men. Sí.
Oct. Pues tan de mañana, quién?
Si es Lucindo?
Men. Ser podria;
voy á verlo, pues del dia
nos viene á dar parabien. (*vase*)

ESCENA II.

Octavio *solo*.

Oct. Suele en oscuro y tímido aposento
sentir ruido un hombre desvelado,
y mas de honor, que de valor armado
la causa examinar con miedo atento.
Pero llegando á donde solo el viento
sus pasos repitió, con alentado
peligro, entonces abrazar turbado
la sombra de su mismo pensamiento.
Mas de otra suerte en ciega noche asombra,
Lisarda, este ruido á mis desvelos,
que tiene cuerpo aunque parece sombra.
Van donde suena el golpe mis recelos,
pero ofendido con razon se nombra
quien mira agravios cuando busca celos.

ESCENA III.

Dicho y Mendo.

Men. No es Lucindo el que á tal hora
te busca; es un caballero,
mas purga que forastero
pues que te busca al aurora;
que porque no es de hombres sabios
aqueste nombre le doy.
Oct. Bien hace, que enfermo estoy
de calenturas y agravios.
Men. El y cierto gaudelin
que dicen ser sevillanos,
vienen á besar tus manos.
Oct. Basta, ya presumo al fin;
cartas de mi hermano son,
Mendo, que en Sevilla está,
y adelante pasará
ese hidalgo, y es razon
que no pierda la jornada.
Di que entren.
Men. Ya estan aquí.

ESCENA IV.

Dichos, D. Bernardo *y* Sancho.

Ber. Perdonad si os ofendí
con mi forzosa embajada;
aunque, pues estais vestido,
no ha sido el agravio tanto.
Oct. Yo, señor, no me levanto,
que esta noche no he dormido,
ni tampoco me vestí
porque no me desnudé.
Ber. Yo que despues que llegué
ninguna, Señor, dormí,
antes que de muchos sea
visto, á visitaros vengo,
porque algun peligro tengo
de que la gente me vea.
Esta me dió vuestro hermano
que con cuidado pusiese
en vuestra mano, y que fuese
la respuesta por mi mano:
dos dias ha que llegué,
luego pregunté por vos,
pero no pude, por Dios,
visitaros, porque fué
notable mi ocupacion.
Oct. Con vuestra licencia leo,
que en vuestro semblante veo
que buenas las nuevas son.
(*lee*) El Sr. D. Bernardo de Cardona, que os da-
«rá esta, vá á la corte á un negocio en que os
«habrá menester: servidle y regaladle con tan-

«to gusto y cuidado, que conozca que sois mi «hermano; y sobre todo, aposentadle en vues- «tra casa, porque yo lo estoy en la de sus pa- «dres, donde trato de casarme.»

No quiero pasar de aqui,
que lo demas de la carta
son negocios, y serviros
es el de mas importancia.
Vos seais muy bien venido,
que antes de ahora esperaba
este dia que ha traido
á mi dicha mi esperanza.
Aqui habeis de ser mi huesped,
y no repliqueis palabra,
que es inescusable oficio
para obligaciones tantas.
El negocio á que venis
ayudaré con el alma,
con la vida y con la hacienda,
que menos que esto no basta
á la noticia que tengo
de lo que á D. Juan regalan
vuestros padres en Sevilla.

Ber. Fuera, Octavio, accion ingrata
no aceptar tanta merced:
y porque ya mi jornada
será tan breve, que pienso
que podia ser mañana,
que el negocio á que venia
culpa de la misma causa,
tubo fin en el principio,
con que es fuerza que me parta,
que está en peligro mi vida.

Oct. En tan súbita mudanza
de pensamiento y suceso,
permitid que fuerza os haga
para saber la ocasion.

Ber. No puedo negaros nada
en tantas obligaciones;
y porque de vuestra casa
y de vos, valerme es fuerza
antes que á Sevilla vaya,
reduciré, si es posible,
á un breve epitome, tantas
fortunas en una noche,
que pudiera compararlas
á los diez años de Ulises.

Oct. Dejareis mas obligada
nuestra amistad, con el favor
y el secreto, y es cosa clara
que al favor está mi pecho
y al secreto mi palabra.

Ber. Serví en Sevilla una muger, Octavio,
un angel, una perla, una pintura,
de las que hicieron á su honor agravio
por la necesidad ó la hermosura;
la edad primera de quien dijo el sabio
que la senda ignoró con tal locura,
me puso en este loco pensamiento,
que apenas conoci mi entendimiento.
Siempre á su lado, como suele, andaba,
celoso ruiseñor el amor mio,
ya por los verdes campos la llevaba,
ya en barcos enramados por el rio.
Las noches breves átomos juzgaba
en este dulce Argel de mi alvedrio,
porque en llegando el sol al medio dia
aun no pensaba yo que amanecia.
Fuélo forzoso, ó fué invencion hallada
de alguna liviandad, el ver la corte,
indias de la hermosura, y embarcada
siguió su gusto y yo tambien mi norte,
porque el de una muger determinada
¿qué obligacion habrá que la reporte?
O fué de cierta esclava mal consejo
de la luz de su sol oscuro espejo.
Seguila en fin, que me llevaba el alma
cual suele el tigre al cazador, y creo
que viviendo en Madrid, á un tiempo calma
la obligacion, el trato y el deseo:
pocas veces amor llevó la palma
de ausencia firme con ageno empleo.
Llamé una noche, y pienso que tan recio
que fui mas que galan marido necio.
Salió un hidalgo y respondió su espada,
pero midió de una estocada el suelo:
suena justicia, y yo tierra sagrada
hago una casa, y la prision recelo,
y por unas paredes la turbada
vida en las manos encomiendo al cielo,
doy en un huerto, y de él en una sala:
¿que encantamiento mi fortuna iguala?
Por no cansaros, dos hermanas bellas,
de ver tanta desdicha lastimadas,
me ampararon discretas, y por ellas
me libré de justicias y de espadas.
y por guardar su honor, que son doncellas
nobles, anoche y á las once dadas
salí, no sé si diga enamorado,
pero olvidado del amor pasado.
¿Quién duda que direis que ya los cielos
se mueven á piedad de D. Bernardo?
Pues allí comenzaron mis desvelos,
si de esa casa algun favor aguardo,
porque dos hombres al salir, con celos
me van siguiendo, y llega el mas gallardo
á preguntar quién soy. ¡Gentil pregunta!
saqué la espada y respondió la punta.
Esto fué anoche, y la ocasion ha sido
de veniros á ver tan de mañana:
que puedo ser por dicha conocido,
pues quien mudable fué será tirana.
En vuestra casa quiero, aunque escondido
seguir la luz de una esperanza vana,
siendo, Octavio, á quien el alma debe
tanto favor en término tan breve.
Y no os maravilleis el ver que pasa
el alma á otro sugeto sus despojos,
que amor es un veneno que traspasa
el corazon entrando por los ojos.
Fenix nace mi amor, Fenix se abrasa:
las cenizas de celos y de enojos
produciendo venganzas y desvelos,
un ave amor de las reliquias celos.

Oct. ¡Habrá caso mas estraño! (*ap.*)
¡Que este caballero fué
quien segui y acuchillé!
¿Hay mas claro desengaño?
Hoy á Lisarda perdi:
disimular quiero aqui
mi desdicha y confusion.
Con notable admiracion (*á él.*)
vuestras fortunas oi;
de todo salisteis bien,
que fué notable favor
de la fortuna, y mayor
tomar venganza tambien
de aquella ingrata, por quien

tantas desdichas sufristeis:
¿pero como no supisteis
de la dama que os libró
el nombre?

Ber. Porque temió
la pregunta que me hicisteis:
no quiso el nombre fiarme,
porque de tanto favor
pudiera ofender su honor
refiriéndole, alabarme.

Oct. Necio andube en declararme *(ap.)*
que podria sospechoso
presumir que estoy celoso.
Sin verlo ha crecido el dia. *(á él.)*
Tan gustoso me tenia
vuestro discurso amoroso.
En fin, servireis la dama
que aquesta noche os libró?

Ber. Si nadie lo conoció
ni lo publica la fama.

Oct. ¡Tan presto olvida quien ama
por lo primero que mira!
Vuestra condicion me admira.

Ber. Vuélvese el amor, Octavio,
en ira con el agravio,
y en la venganza la ira,
pero no hay mayor venganza
del agraviado discreto,
que mudar á otro sujeto
el amor y la esperanza;
que en sabiendo esta mudanza
la dama que fué querida,
envidiosa y ofendida
suele volverse á querer,
que no hay pesar en muger
como verse aborrecida;
y yo sé que si vos veis
de esta dama la hermosura,
que envidiareis mi ventura
y mi amor despreciareis.

Oct. Venid y descansareis
de dos noches tan estrañas,
Oh Lisarda, tú me engañas, *(ap.)*
tú desleal!... Pero miento,
pues antes del casamiento
me avisas y desengañas.
Qué decis?

Ber. Que como amigo
en todo trato ayudaros.

Oct. Yo vida y alma fiaros;
á serlo vuestro me obligo.

Ber. Oh celos, fiero enemigo! *(ap.)*
Mas sin razon me acobarda
siendo tan bella y gallarda
Florela, pues con cautela
sabré si quiere á Florela
ó si me engaña Lisarda. *(vanse los dos.)*

ESCENA V.

SANCHO *y* MENDO.

Men. Vuestra merced cómo ha nombre?

San. Si oyó vuesarced decir
quién es aquel escudero
que topó con su rocin,
yo soy el mismo.

San. Pues Sancho,
quien duda que de dormir
estarás necesitado?

San. Como de llubias abril,
poeta de consonantes
si es duro de digerir
las letras y villancicos
de madre morena y Gil,
de ser soberbio en romance
quien es humilde en latin,
y de no saber de todo
quien sabe poco de sí.

Men. ¿Por comparaciones entras?
Gusto tienes.

San. Siempre di
en parecer conversado
con gente palacieguil,
discreto para volante,
que desde Guadalquivir
á pedir á Manzanares
vengo el grado de sutil.

Men. Ven y verás mi aposento,
donde, aunque indigno de ti,
honrarás cuatro colchones...
menos tres, por no mentir.
Sábanas hay, aunque estan
á labar, que presumi
siempre de lo que es limpieza;
almohadas, nunca fuí
amigo de gollerias,
hay mesa, estampa, candil,
peine, sillas, limpiadera,
calzador, y todo en fin
para tu servicio, Sancho.

San. Como me viste venir
preveniste el aposento:
¿no hay algun guadamací
que cubra lo inescusable?

Men. Debes de ser zahorí:
téngole, y de buena mano
con la historia de Pequin.

San. Tu nombre?

Men. Por una letra
no soy el que por ahí
ayuda á los que patean
y por Mengo, Mendo fuí.

San. Pues Mendo ó Mengo, camina,
que de cierto serafin,
mas socarron que no grave,
mas dama que fregatriz,
oro toda, toda perla,
desde el moñazo al chapin,
tengo despues que contarte.

Men. El nombre?

San. Inés.

Men. Pese á mi,
que es Inés tambien la mia.

San. Pues podemos competir
en sonetos; si los haces
soy del parnaso arlequin.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

La misma decoracion del segundo acto.

ESCENA PRIMERA.

FLORELA *y* LISARDA.

Flo. Estoy en obligacion,

Lisarda, á tus diligencias;
mejor eres para prima
que para hermana y tercera.
Bien hablaste á D. Bernardo,
bien el suceso lo muestra;
bien lo afirma ya el cuidado,
bien lo dice su respuesta.
Si fuera posible ser
tuyo, si posible fuera
no ser de Octavio, que ya
las horas, Lisarda, cuenta
para que seas su esposa,
para que tu esposo sea,
hallára tu amor disculpa,
pero no siendo tan necia
que porfies, cuando sabes
que sin esperanza esperas.
Ya que no puede ser tuyo
ese caballero, deja
que sea mio, Lisarda,
cuando en Octavio te empleas;
que si todas las mugeres
aguardan á que las vean,
las sirvan, las enamoren,
las requiebren y pretendan,
casáranse tarde ó nunca:
que si un platero á su tienda
no sacase cada dia
las joyas y las cadenas,
y las tuviese encerradas
sin hacer mas diligencias,
cómo era posible hurtarlas?
Era imposible venderlas.
Ahora se usan, Lisarda,
mugeres de una manera,
mañana se usarán de otra:
y por esta diferencia
importa no descuidarse;
tú, pues que ya te remedias
y le tienes con Octavio,
permite que yo le tenga.

Lis. Quién, Florela, imaginára
de tu ingenio y de tu honor,
que no causándome amor
tu necedad le causára?
En lo que dices repara,
porque si á Octavio le doy
la mano, que ha de ser hoy,
¿cómo dices en agravio
de lo que merece Octavio
que de D. Bernardo soy?
Y si D. Bernardo á mi
tiernamente me miró,
no tengo la culpa yó
de que no te mire á tí:
tú si le vieres le dí
que estás del enamorada,
que yo á otra fuerza obligada
mas quisiera ya tratar
en descasar, que en casar,
y apenas estoy casada.
De la riqueza incitado
que en el rico indiano vió,
pasar un hombre intentó
el mar, que ya vió pintado:
pero en mirando admirado
en las playas españolas
respetar las nubes solas,
con tal temor huye de él,
que aun presume que tras él
vienen corriendo las olas.
Yo que apenas he llegado
á la orilla del casar,
aunque vi pintado el mar
en otras que se han casado,
tiemblo de mirarle airado
y de llegar me arrepiento;
huyo con el pensamiento
si voy volviendo la cara;
y aun presumo ¡cosa rara!
que me sigue el casamiento.
Mas como la voluntad
de mi padre es un respeto,
á quien forzada prometo
obediencia y humildad,
no quiere mi libertad
usar su propio albedrio,
y por eso no porfio,
aunque mi vida desea
que D. Bernardo no sea
tuyo, pues no ha de ser mio.

Flo. Basta, Lisarda, yo creo
(tan desdicha nací)
lo que me dices aqui
de tu bárbaro deseo:
solicitaré mi empleo
sin tí, por darte pesar;
á D. Bernardo he de hablar,
porque basta para hacer
que yo sea su muger,
ser muger y porfiar.
Salmásis, ninfa de un rio,
vió bañándose á Androgeo,
y encendida en su deseo,
fugitiva á su desvio
porfió como porfio,
tanto, que de dos hicieron
uno los dioses, y fueron
Hermafroditos llamados,
con que quedaron casados
y jamás se dividieron.
Pues yo sabré porfiar
de suerte, que en testimonio,
hoy el santo matrimonio
nos pueda á los dos juntar,
sin podernos apartar,
que aunque la muerte divida,
será nuestra fé ceñida
de tantos lauros y palmas,
que juntando las dos almas
tengamos eterna vida.

Lis. Pues yo por esa intencion
lo pienso estorbar de modo,
que no se junte en un todo
cada parte de esta union:
que el sol y la luna son
divinas luces del suelo,
y en oponiendo su vuelo
la tierra, cosa tan baja,
la luz de los dos ataja
y dejan oscuro el cielo.

Flo. Si te pusieres delante
de mi Sol, tierra envidiosa,
con eclipses de celosa
y con engaños de amante,
con fuego haré que te espante,
que cuando aquel gran farol
vuelve á su propio arrebol,

y la oposicion destierra,
la tierra queda por tierra
y el sol como siempre sol.

Lis. No querrá el sol, yo lo sé, (*con aire socarron.*)
tenerte por luna á ti,
porque mirándome á mi
noche de mi luz te haré.

Flo. Bien dices, noche seré
porque todas le veras
conmigo.

Lis. Engañada estás,
que si es sol y prenda mia,
haré todo el año dia,
y no habrá noche jamás.

ESCENA II.

Dichas y Lucindo.

Luc. Para que estés advertida
de que esta noche te casas,
y para pedirte albricias
vengo á decirte, Lisarda,
que es tan prevenido el novio,
tal es su prisa y sus ansias,
que ha traido hasta el padrino
que es huesped de nuestra casa:
porque como es forastero,
no quiere que de ella salga
nuestro padre, por hacer
lisonja á Octavio, que tantas
obligaciones le tiene:
que como ya la posada
de Octavio ha de ser contigo
en esta casa, y estaba
en la suya el forastero,
era forzoso el dejarla.
Ya le aderezan un cuarto,
aunque los dos se escusaban:
mas como nuestro Alejandro
lo cortés y el nombre iguala,
no ha sido posible hacer
que el forastero se vaya;
tanto, que pienso que ha sido
de Octavio invencion gallarda
para casar á Florela,
porque es persona estremada,
de talle y entendimiento.
Ellos vienen: tú, Lisarda,
muestra, pues eres discreta,
tu gusto, donaire y gala,
por si ha de ser tu cuñado,
en cuenta de la desgracia
en que habeis de estar despues,
porque solo el nombre basta.
Tú, por si ha de ser tu esposo,
Florela, cortés le habla,
que no le parezcas boba,
que se volverá mañana,
que pierde mucho al principio
hablando mal una dama:
que á quien entra hablando bien
nadie le ha negado el alma.

ESCENA III.

Dichos, D. Alejandro, Octavio, Sancho, D. Bernardo *é* Ines.

Alb. Aqui, Señor D. Bernardo,
estan Lisarda y Florela.

Lis. Ya me alegra el dulce nombre. (*ap.*)

Flo. Ya el dulce nombre me alegra. (*ap.*)

Ber. Dadme, Señora, las manos.....
¿Pero que burlas son estas (*ap.*)
de mis fortunas? O que sueños
que como verdades crea!
¿Dónde estoy? Dónde he venido?
La casa es esta, y las bellas
damas donde estube cuando
por la ingrata Dorotea
maté aquel hombre.

Lis. Oh mis ojos (*ap.*)
con el alma afectos truecan,
ó es D. Bernardo.

Flo. Ay Lisarda! (*ap. á ella.*)
mis esperanzas se aumentan;
D. Bernardo es el amigo
de Octavio.

Oct. No se pudiera
fingir mayor suspension:
turbadas miran y atentas
á D. Bernardo, Lisarda
y Florela, y él á ellas.
Pues yo que diré de mi?
Estrañas cosas ordena
la fortuna; aun no es posible
que mis justos celos sepan
á cual de las dos se inclina.

Ber. No es mucho que se suspenda,
Señoras mias, el alma,
mirando tanta belleza:
perdonad lo que he tardado,
que ha sido amorosa fuerza
de mis sentidos en quien...

Oct. (Vive el cielo que nó acierta (*ap.*)
á hablar palabra.)

Lis. Señor,
no puede haber cosa nueva
que os ofrezca en esta casa
pues ya la teneis por vuestra.
Mi hermana Florela y yo
reconocemos la deuda
de Octavio, que os ha traido
á donde serviros pueda
la voluntad de las dos.

Oct. No he visto en mi vida necia (*ap.*)
sino es ahora á Lisarda.
Valgame el cielo, ¿si es ella
la que á D. Bernardo mira,
que hablar mal, y ser discreta,
bien pudiera ser amor,
que mas turba amor que enseña

San. Inés, si tú hubieras sido (*ap. los dos.*)
cazadora, te dijera
que Octavio lo ha sido.

Ines. Como?

San. Eran Lisarda y Florela
perdices; trajo á mi amo
por ventor para cogerlas,
y en viéndolas, como el perro
hasta la mano se queda
suspenso, hasta que su dueño
de la suya el alcon suelta;
D. Bernardo se ha quedado:
y Octavio de las pigüelas
del honor suelta los celos
para averiguar sospechas.

Ines. Por quitar la confusion
de todos, y que es tan nueva,

que no hay en la sala, Sancho,
persona que no la tenga:
venme á ayudar á poner
el cuarto donde aposenta
Alejandro á tu señor.
San. Vamos, pero mas quisiera
que no hubiéramos venido.
Ines. Calla, que amor tiene vueltas
como marzo y podrá ser
quede con la boca abierta.

ESCENA IV.

Florela, Lisarda, Lucindo, D. Bernardo, D. Alejandro y Mendo.

Men. El notario á los tres llama
y á la señora Florela.
Ale. Vamos, Octavio.
Oct. A buen tiempo.
Lis. Mucho el huesped me contempla. (ap.)
Ale. Yo pienso que si en Sevilla (ap.)
se casa con doña Elena
su hermano D. Juan, que aqui
hará Octavio de manera
que D. Bernardo se case
con Florela.
Oct. Solos quedan. (ap.)
Yo volveré cuando estén
seguros.
Flo. Sin que me vean
tengo de volver á ver
lo que D. Bernardo intenta. (vanse.)

ESCENA V.

D. Bernardo y Lisarda.

Ber. Es posible que ha salido
amor á ser invencion,
aunque con tal confusion,
que por ella me ha traido
á tu casa, y que haya sido,
Lisarda mia, de suerte,
que á tal tiempo venga á verte
que te cases, y que yo
te pierda, porque me dió
tal vida para tal muerte?
Gran ventura hubiera sido
venir, Lisarda, á tu casa,
mas cuando Octavio se casa
no es dicha haberle perdido:
hoy ha de ser tu marido
y yo mañana saldré
de Madrid, aunque no sé
que á Sevilla llegar pueda,
quien en tus ojos se queda
y deja el alma en tu fé.
Lis. Bernardo, desde aquel dia
que te ví con Dorotea,
mi corazon te desea
mi vida es tuya, no es mia:
pero la durá porfia
de mi suerte me quitó
la libertad, conque yo
hiciera eleccion de tí;
no, tú no me perdiste á mi
que yo soy quien te perdió.
Suelen despues del arado
en las mas oscuras lomas,
buscar amantes palomas
el trigo recien sembrado:
y con vuelo apresurado
llevarse el alcon la una:
y la otra, en tal fortuna
quedar suspensa mirando
por donde se fué, volando
sin esperanza ninguna:
asi yo con menos dicha
sin que á resistir me atreva,
miro por donde te lleva
á Sevilla mi desdicha:
solo con lágrimas dicha
puede ser la resistencia
de mi turbada obediencia,
ellas te la dicen ya,
viendo que tan cerca está
mi casamiento y tu ausencia.
Ber. Solo un abrazo mi amor
quisiera llevar de tí,
en prendas de que te vi
inclinada á mi favor.
Lis. Temo de Octavio el rigor,
temo á Florela tambien;
puede ser que nos esten
mirando, que los amantes,
en acciones semejantes
nunca piensan que los ven.

ESCENA VI.

Dichos y Octavio *acechando.*

Oct. Hablando estan, desde aqui
tengo de ver si es Florela,
ó si es Lisarda á quien ama.

ESCENA VII.

Dichos y Florela *acechando.*

Flo. Desde aqui celosa y necia,
que celos nunca negaron
la condicion que profesan,
tengo de ver lo que hablan.
Lis. Sabe el cielo si quisiera
darte mis brazos, Bernardo,
pero el temor no me deja.

ESCENA VIII.

Dichos, Sancho *é* Ines *con unas cortinas de seda.*

San. Cuando de sedas tan ricas
todo el aposento cuelgas,
esta antepuerta me dás?
Ines. Pues que tiene esta antepuerta?
San. Por enmedio está manchada.
Ines. Manchada?
San. Y aun rota.
Ines. Muestra.
San. Tiéndela.
Ines. Ten de esa parte,
(coje uno de una punta y otro de otra, y estienden la cortina, de modo que oculten á Lisarda y don Bernardo.)
y lo que dices enseña.
Ber. Perdona, que la ocasion
me permite que me atreva.

Lis. Ya para darte los brazos
la dicha me dá licencia.
Oct. (Maldita seas, Inés.)
Flo. (Plegue al cielo que no tengas
dicha!)
Oct. Con espacio estan. (*saliendo.*)
Flo. Que mirais? (*á los criados y sale.*)
San. Esta antepuerta.
Flo. Pues qué tiene?
Ines. Dice Sancho
que está rota, y que por ella
entrará el aire.
Oct. (No pudo
el aire de mis sospechas.)
Flo. Llevadla, necios, de aqui.
San. De eso, Señora, te pesa?
¿Quieres tú que se refrie,
si por tantas partes entra,
D. Bernardo mi señor?
Oct. Como es Lisarda discreta
bien os habrá entretenido.
Ber. Antes yo la he dado cuenta
de mi jornada á Madrid
y el amor de Dorotea.
Flo. Lisarda es muy entendida.
Lis. Burlas, Florela?
Flo. De veras
hablo, tú me entiendes.
Lis. Vamos
á donde mi padre espera,
porque lo que han concertado
sepan que ha sido en mi ausencia.
Oct. Todo fué en vuestro favor,
no hay que temais. (*vanse las dos y Octavio.*)

ESCENA IX.

D. Bernardo, Sancho é Ines.

Ber. Sancho, llega,
dame tus brazos, tus pies
tambien; bien haya la puerta
y la antepuerta, y las manos
que acaso ó sin caso en ellas
estubo tanto favor.
Voy con ellos, la maleta
(*dandole una llave á Sancho.*)
abre con aquesta llave,
saca cien escudos de ella,
y dalos á Inés; tú, Sancho,
mi vestido hasta las medias
te pondrás; adios, adios. (*vase.*)

ESCENA X.

Ines y Sancho.

San. ¿Qué te parece la fiesta
de hacer favor á quien ama?
Ines. Si, pero son diligencias
en imposibles; si bien
Lisarda creo que piensa,
no digo ser de tu amo,
por la amistad que profesa,
con Octavio, mas no ser
de Octavio, y si á serlo llega,
darle tal vida, que presto
ó la deje ó la aborrezca.
San. Hay en los campos de Oran
unos moros, Inés bella,
á quien llaman Benarages,
que aquella noche primera
que se casan, á la novia,
ya que desnuda se acuesta,
en vez de dulces amores
azotan con unas riendas;
y preguntando la causa
un cautivo de mi tierra,
le dijo un moro; cristiano,
esto se hace por muestra
de valor y valentia
porque si con tal fiereza
tratan lo que mas adoran,
hieren lo que mas desean,
¿qué harán con sus enemigos
cuando vayan á la guerra?
Ines. Malditos sean los moros,
y las moras que se emplean
en esos bárbaros moros.
Yo azotes?. . Y con riendas?
No me casára en mi vida
á ser mora, y me andubiera
cimarrona por los montes,
como en las indias las negras
cuando se van de sus amos,
ó me fuera, Sancho, á Meca
á meter monja moruna.
¡Mal año quien tal sufriera!
¿desposadas y azotadas
que desnudas las desuellan?
San. Pues tú no ves que es costumbre?
Ines. Por el siglo de mi abuela,
que fuera, Sancho, mejor
coneja de Ingalaterra
que con pellejo las asan,
ó armarme de todas piezas.
Valentia en el donayre
eso si, mas con la hembra,
¿cuando diera un desposado
azoticos á su prenda?
Bueno estan las riendas, Sancho.
¿Qué dejan para las suegras
si asi tratan las mugeres?
San. No pensé que lo sintieras
con tanta furia; perdona,
y digo que Octavio queda
obligado á Benarage,
y hará que Lisarda sepa
que profesa valentia.
Ines. ¿Y tú, Sancho, luego hicieras,
si te casáras conmigo,
lo que á Octavio aconsejas?
San. Esa noche, Inés, mis brazos
fueran riendas, mas si hicieras
por que...
Ines. Tente, no lo digas.
San. Aguarda.
Ines. Mal año.
San. Espera.
Ines. No es Sancho el mejor jinete
el que castiga á la yegua.
San. Pues quién?
Ines. El que la regala
y solo en sus piensos piensa. (*vase.*)

ESCENA XI.

Octavio, Lucindo y Mendo.

Oct. En quien como en D. Bernardo
puede hacer Florela empleo?

Luc. Siempre ha sido mi deseo
que este mancebo gallardo
fuese esposo de Florela,
y le ha cobrado aficion.
Oct. Hablale con discrecion
por si acaso le desvela
la dama que de Sevilla
le trajo á Madrid.
Luc. No hará,
que fuera quererla ya
mas error que maravilla.
Sin esto, en Florela veo
nuevas señales de amor,
que habrán nacido en rigor
no tanto del buen empleo,
como de haberla mirado
D. Bernardo.
Oct. Puede ser,
que el principio de querer
nace de ageno cuidado:
amor sin ojos nació,
y asi el basilisco fiero
los hurtó, porque primero
mata el que al otro miró.
Luc. Yo los he visto mirar
con apacibles semblantes.
Oct. La vista es lengua de amantes
y habrá tenido lugar
por la dilacion que ha puesto
Lisarda en casarse.
Luc. Tiene
poca salud, mas ya viene
mi padre, Octavio, dispuesto,
para que esta noche sea,
y yo con feliz agüero
casar á Florela quiero,
que pienso que lo desea
quien tiernamente la mira.
Voy á hablarle. (*vase.*)

ESCENA XII.

Mendo y Octavio.

Oct. Y yo me quedo
á consultar con el miedo
mi verdad y su mentira.
¿Qué tengo ya que esperar,
Mendo, en celos declarados,
que son muy necios cuidados
despues de ver sospechar?
Vive Dios que es fingimiento
la verdad, ó que ha nacido
de tristeza: amor y olvido
combaten mi pensamiento:
amor que á Bernardo tiene
mi casamiento dilata.
Men. No te corresponde ingrata
si esta noche le previene.
Oct. Su engaño, su falsa fé,
me helaron y me abrasaron.
Men. ¿Por qué piensas que llamaron
tirano á amor?
Oct. No lo sé.
Men. Porque todo le acobarda,
todos piensa que pretenden
matarle, todos le ofenden,
y en fin, de todos se guarda;
siempre vive con sospecha
como es traidor y cruel.
Oct. Yo intento guardarme del;
pero poco me aprovecha.
Ya Lisarda me aborrece
por D. Bernardo, yo fui
la causa de traerle aqui:
como noche se entristece
en viéndome á mi, y con él
se alegra, claro testigo
de que anochece conmigo
y que amanece con él.
Men. Calla, que aqui viene Sancho
que á mi tambien me ha ofendido.
Oct. Llámale Sancho Bellido
y seré yo el Rey D. Sancho.

ESCENA XIII.

Dichos al paño, Sancho *é* Ines.

San. Darás aqueste azafate
(*Sancho traerá un azafate cubierto, y en él una banda, una caja de joyas, y un libro de memorias.*
á Lisarda tu señora,
que D. Bernardo mi amo
con voluntad generosa
quiere alegrar la sangria.
Ines. Bien le debe esta lisonja
si la sangria es por él. (*toma el azafate.*)
San. Bien lo siente y bien lo llora.
Ines. Oh si la vieras sangrar!
San. Hubo desmayo de rosas,
hubo apriéteme quedito,
moriréme si no afloja
la cinta, y piqueme cuanto
baste á que la sangre corra,
y otros melindres asi?
Ines. Hubo con espada corta,
que en dos vainas de marfil
el azero blanco aforra,
una fuente de rubies
de un brazo senda de aljofar,
que de un monte de azucenas
dió en una barca redonda.
San. Basta, poética Inés,
yo creo tu cultilona
musa, y que eres vocablista
tengo por cosa notoria.
Dale el azafate.
Ines. Adios. (*vase Sancho.*)

ESCENA XIV.

Dichos menos Sancho.

Oct. Ola, Inés, ola?
Ines. (*ap.*) En las olas
del mar dió el barco azafate;
plegue á Dios que no se rompa.
Oct. Qué es eso que te dió Sancho?
Ines No sé cierto; algunas cosas
que D. Bernardo la envia
que usan en la corte agora.
Oct. Es escelente persona
D. Bernardo; su nobleza
vence toda ejecutoria.
Ines. Esto han de hacer los amigos
por los amigos.
Oct. ¿Importa
á conservar la amistad?
Los buenos regalan y honran.
¿Darás licencia que quite

el tafetan?
INES. Basta y sobra
que sea tu gusto.
OCT. Banda? (*lo descubre.*)
bueno! Y con ella joya?
¡Que discreta prevencion!
INES Tú á lo menos te desposas
con ella y no la dás nada.
OCT. Azafates de almas solas
le envian mis pensamientos.
INES Bien que no hay cosa que coman
las sangradas como almas.
OCT. En pena no?
INES. Ni aun en gloria:
hay muger, y esto es lo cierto,
que quiere mas una alcorza
que cuatro canastas de almas.
OCT. Deshechas de amor las toman.
INES. No lo creas, aunque vengan
en gigote ó pepitoria,
que con almas invisibles
ni se vende ni se compra.
OCT. Libro de memorias es este;
pues di, ¿libro de memorias
es bueno para sangrias?
INES. No entiendo de ceremonias,
descuido pienso que fué
de Sancho.
OCT. Si cantos y orlas
fueran diamantes, pasára
por joya rica y gustosa,
pero sin adorno alguno
sospecho, pues no le adorna,
que es para escribir en él
cómo recibe las joyas
mejores ante escribano.
INES. Con palabras misteriosas
me hablas, voy á llevarlas,
que no sé que te responda.
OCT. No digas que he dicho nada.
INES. Yo por qué?
OCT. Vete en buen hora.

ESCENA XV.

OCTAVIO *y* MENDO.

MEN. Confieso que son tus celos
justos.
OCT. Lisarda alevosa!
Qué aguardo?
MEN. Alevosa no,
que estar sin culpa la abona
y ser necio D. Bernardo.
OCT. Pues donde quieres que ponga
ó por cuenta, este libro
de memoria, que á dos cosas
puede servir; á que escriba
en él, y que él responda
en el mismo á sus favores,
ó hacer empresa amorosa
para decir que le tenga
de él pues ha de ser mi esposa?
Fuego del cielo en mi amor,
si hubiese pasion tan loca
que pusiese con casarse
en aventura la honra.
No mas; basta que la mia
de haber tenido se corra
tal pensamiento. Alejandro,
á mi venganza perdona,
que la he de intentar de suerte
por ser tú mi sangre propia,
que solo pare en desprecio,
que en gente ilustre no es poca.

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

La misma decoracion del anterior.

ESCENA PRIMERA.

LISARDA *con la banda y* FLORELA.

LIS. Es mandarme prevenir
para la muerte.
FLO. No hables,
que son locuras notables
las que empiezas á decir.
LIS. ¿Qué importa, si he de morir?
FLO. Mira que allí viene Octavio.
LIS. No hay, Florela, amante sabio:
no sé como este no siente
en mí tan nuevo accidente
y en él tan notable agravio?

ESCENA II.

Dichas y OCTAVIO *y* MENDO.

OCT. Envidia tengo, Lisarda,
á quien con tal cortesia
supo alegrar tu sangria
y tan justo premio aguarda:
¡Oh como vienes gallarda
con esa banda, en que ya
descansando el brazo está
de la fuerza y de la ira,
conque tantas flechas tira,
conque tantas muertes dá.
Aunque pierda yo tu brazo,
me alegra ver, dulce prenda,
que se pase amor la venda
desde los ojos al brazo.
Llegó de su vista el plazo,
ya vé el amor para ser
mas prudente en escoger
los que importa que lo sean,
y aun hace á muchos que vean
lo que no quisieran ver.
Ya mira con discrecion,
ya no tira amor á tiento,
ya mira el merecimiento,
ya estima la obligacion;
ya sabe hacer eleccion:
pero aunque importa mirar,
¿como es posible tirar
teniendo el brazo sangrado?
Y en esa banda acostado
no se querrá levantar.
Amantes, ya no hay quien prenda,
venid á pedir favor,
porque tiene el brazo amor
atado á su propia venda:
no hayais miedo que le estienda,
¿pero quien habrá que crea
que esta dulce banda sea
para cubrir su aficion,
cortina del corazon
porque nadie se le vea?
Pues yo pienso que le he visto,

y como toda la historia
ví en un libro de memoria,
á la de mi amor resisto:
nunca imposibles conquisto,
que locura aunque de buenos,
yo no quiero por lo menos
aventurar mi osadia,
ni es justo que historia mia
ande por libros agenos.

Lis. Lo que no has sabido hacer,
Octavio, quieres culpar;
quien no me quiere alegrar
no me debe de querer.
¿Celos antes de muger?
¿pero para que traias
hombre de quien desconfias?
Buscarle estubo en tu mano
menos cuerdo y cortesano
y no alegrára sangrias
Si D. Bernardo tu amigo
ha sabido que esto es uso
de la corte, y se dispuso
á ser tan cortés conmigo:
tus celos cruel castigo
à mi corazon le dan,
que no es prenda de galan,
antes ponérsela es
como sitial de tus pies
cubrirla con tafetan.
Suele torcerse en la calle
alguna dama un chapin,
y ella, detenerse, á fin
desea que el brazo halle,
sin reparar en el talle,
algun hombre; y asi en lazo
mi brazo de este embarazo,
no porque estimáre yo
la prenda por quien la dió
sino porque tenga el brazo.
Mi sangre se ha de sentir
que cuando alegre y gallardo
me la alegra D. Bernardo,
tú me la quieres pudrir:
que vuelvan quiero pedir
á sangrarme, aunque rehuya
el brazo de parte suya:
banda me manda traer,
y esta servirá de ser
la medida de la tuya.

Oct. No te la quites, Lisarda,
que no ha de esperar la mia,
quien lo imposible porfia
la noche que dueño aguarda:
pero ya que me acobarda,
cuando de quejas mayores
que celos, de tus favores
á la media noche abiertas
estan hablando las puertas
y de este jardin las flores.
Pregúntale al tocador
quien durmió en él, quien tenia
por huésped, y todo un dia
mereciendo tu favor:
y juzga tú si al honor
lo del tocador le toca:
si asi te tocas, que loca
pasion podrá disculpar,
la que se llega á tocar
con las manos y la boca?
Si por mi, Lisarda bella,
Bernardo en tu casa está,
primero salió de allá
que yo le trajese á ella:
esto para dueño en ella
me desmaya y me desalma,
me mata y me tiene en calma,
y no te admire el rigor,
que tengo aquel tocador
atravesado en el alma.

ESCENA III.

Lisarda *y* Florela.

Lis. En fin, Florela, cumpliste
la palabra y el deseo
de intentar que D. Bernardo
fuese tuyo; estraños celos!
Como si fuera ya mio
cuando es Octavio mi dueño.
Pero no ha sido razon
quererle por malos medios,
contándole lo que estaba
entre las dos tan secreto.
Tú eres mi hermana? Ingrata!
En que Arabia, en que desierto
de Livia nacen mas fieras
fieras que en tu pecho fiero?
Hay tal maldad, tal traicion!

Flo. A satisfacer no acierto
tu engaño, aunque de tu agravio
con justa razon me quejo:
pero de que no lo he sido,
Lisarda de este suceso,
solo pongo por testigo
al cielo, y le pido al cielo
que aqui me quite á tus ojos
la vida si culpa tengo.

ESCENA IV.

Dichas, Lucindo, D. Bernardo *y* Sancho.

Ber. Estimo, señor Lucindo
la merced que me habeis hecho,
y del Sr. Alejandro
tan honroso ofrecimiento,
que su hija y vuestra hermana
merece mas alto empleo.
Y yo le aceptára, á estar
mas libre, pero no quiero
engañaros, que no es justo.

Luc. Sois casado?

Ber. No es por eso.

Luc. Pues por qué?

Ber. Porque una noche
maté, incitado de celos,
un hombre en este lugar;
y cuando temo estar preso
no viene bien que me case.

Luc. Y si está vivo ese muerto
no os podreis casar?

Ber. Si es vivo
puede ser, mas no lo creo.

Luc. Bien podeis.

Ber. Como?

Luc. Yo soy:
aunque dándome en el pecho
aquella fuerte estocada,
tomé posesion del suelo.

Ber. Vos érades?

Luc. Yo estaba

con Dorotea.
BER. Ahora quiero
daros mil veces mis brazos.
LUC. Qué respondeis?
BER. Que lo acepto
en escribiendo á mis padres,
que bien sabeis que no puedo
sin su bendicion y gusto.
LUC. Sois hijo obediente y cuerdo;
allí están mis dos hermanas,
pedirlas albricias quiero:
Florela ya estas casada.
FLO. Qué dices?
LUC. Que voy contento
á decir á nuestro padre
que D. Bernardo es tu dueño. (*vase.*)

ESCENA V.

FLORELA, LISARDA, BERNARDO *y* SANCHO.

LIS. ¡Que súbito embajador!
El parabien darle quiero
á D. Bernardo.
FLO. Lisarda,
tu buen término agradezco:
mas no vayas por mi vida,
que tengo celos, y temo
que desbarates la boda.
LIS. Ahora bien, yo te obedezco,
hasta saber si dijiste
á Octavio nuestro secreto:
¿pero no podré tratarle
de otras cosas?
FLO. A qué efecto?
¿Qué tienes tú que enviar
á las indias con sus deudos?
Pues en la contratacion
de Sevilla, mucho menos
tienes negocios, Lisarda:
dame solo este contento
de no hablarle, pues te queda,
despues de casados, tiempo
para cuanto nos quisieres,
despues que no tengas celos,
de hacer merced á los dos.
LIS. Vamos, Florela; no quiero
que pienses que yo te quito
como dices, tu remedio. (*vanse las dos.*)

ESCENA VI.

D. BERNARDO *y* SANCHO.

SAN. Sospecho que te has casado,
sino que estando muy lejos
de lo que quisiera estar,
entendí mal lo que temo
de tu facil condicion.
BER. Siempre facil te parezco:
el hombre muerto le puse,
y de mi prision el miedo,
por objeccion á Lucindo
de no hacer el casamiento,
mas dijome que era él.
SAN. Ya entendí todo el suceso.
BER. No se puede responder
á un casamiento propuesto
con libertad, que es agravio
de la dama y de sus deudos.
SAN. En el monte de San Lucar,
que mira verdes cabellos
de sus pinos en las aguas
del mar de España soberbio,
cuando parten á las Indias
los navegantes modernos,
que codiciosos del oro
no ven los peligros ciertos,
hay un gatazo, Señor,
que sentado en uno de ellos
está diciendo: Tornau
tornau, sonando los ecos
en las naves, conque muchos
se desembarcan de miedo.
Yo, pues, Señor, que te miro,
yo pues, señor, que te veo
por obligado embarcado
en la mar de este concierto,
y dentro del prodigioso
galeon sin casamiento,
desde el monte de mi amor,
desde el pilar de mi celo
estoy diciendo: *Tornau,*
tornau, tornau, caballero,
hecho gato de lealtad
contra gatos de dinero,
que donde es grando el peligro
nunca fué bueno el provecho,
BER. No fuera error, como piensas,
Sancho, sino grande acierto
el casarme con Florela;
lo que temo, lo que siento
es el amor de Lisarda,
y con saber que no puedo
contrastar tanto imposible
todo se me abrasa el pecho.
Díjele, Sancho, á Lucindo
que escribiria primero
á mis padres á Sevilla,
por hallar en este medio
remedio de no casarme.
SAN. De tu claro entendimiento
en la obligacion que tienes,
al regalo que te han hecho,
no pudo salir, señor,
mas ajustado y discreto.

ESCENA VII.

Dichos é INES *con un libro de memorias.*

BER. Inés viene.
SAN. Bella Inés
qué quieres?
INES. Dale á tu dueño
este libro de memorias.
SAN. Pues no hablas?
INES. No puedo,
que no tengo órden de arriba.
SAN. De arriba abajo te quiero,
pero parece que traes
la faz de orza, ¿qué es aquesto?
INES. Desdichas.
SAN. Cómo desdichas?
INES. ¡Y qué desdichas!
SAN. ¿Pucheros?
Mira que soy sevillano,
declárate, porque luego
clamoreen por el hombre,
que desde aqui te prometo
por el alma de Escamilla
que fué de los bravos dueño,
una mohada y dos chirlos,
y si repara á lo diestro

la de conclusion, y adios.
Ines. No puedo hablarte. (*vase.*)

ESCENA VIII.

Dichos menos Ines.

Ber. ¿Que es eso
Sancho?
San. Este libro me ha dado
Inés, los ojos al sesgo,
y no sé que significa
tan notable sentimiento.
Ber. Aquí en la primera hoja
dice: «Ya se ha descubierto
«cuanto ha pasado, y Octavio
«trueca en agravios sus celos;
«mi vida y mi honra estan
«en que salgais luego, luego
«de esta casa, y de Madrid:
«si me quereis como os quiero,
«dulce Señor de mi vida,
«esto os suplico, esto os ruego.
«La triste Lisarda.« — ¡Ay triste!
San. Murió un señor de este reyno,
y la Señora su viuda
escribió á un encomendero
labrador, que se llamaba
Pero Garcia, en un pliego
materia de sus negocios,
y con aquel sentimiento
firmó: *La triste Duquesa.*
y el buen hombre respondiendo
á su carta y su tristeza,
firmó la suya diciendo:
el triste Pero Garcia.
Ahora, Señor, que yo veo
firmar *la triste Lisarda*,
que respondas te aconsejo
con igual dolor: *el triste*
D. Bernardo: que á tu ejemplo
si la triste Inés me escribe,
el triste Sancho de Oviedo
le respondo.
Ber. Ahora de burlas
este es tiempo, majadero?
San. Ya lo veo yo, Señor,
que es de majaderos tiempo:
porque no entiendo ni sé
como viven los discretos.
Ber. Yo te diré como viven.
San. Cómo?
Ber. Callando y sufriendo.

ESCENA IX.

Dichos, Octavio *y* Mendo.

Men. Repórtate, señor, y no le hables
con el rigor que dices, que no es justo,
que sus acciones son menos culpables.
Oct. ¿Quieres que sufra yo tantos disgustos?
¿Como podré?
Ber. Qué es esto, Octavio amigo,
que me parece que venis sin gusto,
y cuando yo me voy, no iré conmigo
si no quedais con el que yo os deseo.
Oct. ¿Cómo que os vais?
Ber. Lo que es forzoso os digo.
Oct. Pues tan súbitamente, no lo creo.
Ber. Bien lo podeis creer, pues no he podido
escusar el peligro en que me veo:
mozo, en la corte nuevo, y bien nacido,
con padres y dinero y Dorotea,
¿qué promete mejor que andar perdido?
D Gonzalo de Córdoba desea
que me vaya con él á esta jornada,
¿pues dónde un noble la nobleza emplea
como sirviendo al Rey? Porque la espada
mejor parece allí, que aqui tomando
con guante de ambar guarnicion dorada.
No puedo por la prisa que me han dado
besar la mano á vuestra dulce esposa,
abrazadla por mí, que me ha obligado:
asi á Lucindo y á Florela hermosa:
asi á Alejandro y la familia toda,
que mi partida es súbita y forzosa.
Oct. Justo fuera que honrárades mi boda.
Ber. Perdonadme, no puedo detenerme;
tú Sancho los caballos acomoda. (*vanse.*)

ESCENA X.

Lucindo, Sancho *y* Mendo.

Men. ¿Al fin, Sancho, te vas?
San. Voy á ponerme,
no Mendo, entre los barcos de Sevilla,
donde en cama de plata Betis duerme,
mas donde con alguna albondiguilla
de plomo en caldo de figon mosquete,
no me dejen quijada ni costilla.
Dios me deje volver á Tagarete;
dale un abrazo á Inés, que me ha obligado,
y depárela Dios un buen ginete.
Al pastelero de la esquina he dado
algunas pesadumbres, y le debo
de ojaldres y pasteles un ducado;
pagarásle por mí, que no me atrevo,
como voy á morir, á deber nada;
adios.
Men. Pues llorás?
San. Soy soldado nuevo.

ESCENA XI.

Octavio *y* Mendo.

Men. Mal encubriste la pasion formada
de tus celos injustos.
Oct. No he podido
lisonjear la voluntad forzada.
Men. No fué justo mostrarse desabrido
con quien ya se partia, por sospechas
de agravio, que tú propio le has fingido.
Oct. Yo no sé donde salen tantas flechas:
no me consueles, Mendo, cuando vieres
que todas vienen al honor derechas,
Men. Siempre fueron culpadas las mugeres.
Oct. Siempre lo son los hombres que las miran
para engañarlas.
Men. Riguroso eres.
Oct. Conozco el blanco donde todos tiran.

ESCENA XII.

Dichos y Florela.

Flo. Antes que nuevas te den
de que ya tu grande amigo
no solo será testigo
de que te empleas tan bien,
sino tu hermano y cuñado:
albricias vengo á pedirte,
y á alegrarte, y á decirte
como queda concertado

que no haya mas dilacion
qué cuando á Sevilla escriba:
mira como amor te priba
con celos de la razon,
cuando sospechaste mal
de tan cuerdo y tan gallardo
caballero.
Oct. D. Bernardo
es hombre muy principal,
y nunca del lo creí:
de lo que estube quejoso,
ya no lo estoy, ni celoso
de quien se parte de aqui
para no volver jamás.
Flo. ¿Cómo para no volver?
Oct. No pienso que pueda ser
ver á Don Bernardo mas:
porque á Alemania partió
con el general, hermano
del Duque de Sesa.
Flo. En vano
flor á la aurora nació
mi dicha: pues en los hielos
de la noche se han secado
sus hojas: tú le has echado
de aquí con tus necios celos.
Oct. Yo, Florela? No te aguardo
por ignorante y muger.
Flo. Pues que causa pudo haber
de partirse D. Bernardo?
Oct. No verme casar, que amor
tal vez á la ausencia apela;
y desto basta, Florela,
que es mucho á quien tiene honor. (*vanse.*)

ESCENA XIII.

Florela *sola.*

Cubierta de lucidas banderolas
la nave indiana el rumbo á España gira:
entra en el golfo, y procelosa mira
trepando el mar las gabias españolas.
Allí por escapar las vidas solas
mas mira al cielo que al amaina y vira,
y últimamente la esperanza espira
en competencia de montañas olas.
Mas sirve de consuelo que se lanza
al dulce puerto por el golfo incierto
y que lo goza mientras no lo alcanza.
Pero ha sido en mi grave desconcierto
la desdicha mayor de mi esperanza,
romper la nave sin salir del puerto. (*vase.*)

ESCENA XIV.

Lisarda é Ines.

Lis. Tú le viste partir?
Ines. Presto te olvidas
del libro de memorias.
Lis. Pues qué quieres?
Si todas las mugeres
son amando atrevidas;
miré mi honor, que quien su honor desprecia
lloró despues arrepentida y necia.
Ines. Echarle fue discreto desvario.
Lis. Mas yo sé que en lo mismo te vengaste;
si el alma me llevaste
dulce Bernardo mio,
que no pasára yo tan triste vida,
si trocára los males tu partida.
Temor de Octavio y de Florela celos
que ya su casamiento pretendia,
me dieron osadia
entre tantos recelos,
para apartar de tu vista mil enojos,
no el alma que te di, sino los ojos.
¿Que harán sino cegar estando ausentes?
Si tienes mi desdicha por agravio
gozáralos Octavio
convertidos en fuentes:
y no te espanten si tu ausencia lloran,
que estan dentro dos niñas que te adoran.
Con humilde rocío los estremos
baña la noche al dia, y la luz pura
del sol en sombra oscura;
y asi los dos seremos
tú el sol, la noche yo, Bernardo mio,
tierra mi amor, mis lágrimas rocio.
Ines. ¿De qué te sirve que fatigues tanto
tu espiritu, Señora, en imposibles?
Lis. En males insufribles
parece ocioso el llanto;
pero es engaño, que si el llanto amansa
furias de amor, el corazon descansa.
Ines. El dia mas alegre en las mugeres
aquel suele llamarse en que se casan,
y tú, Señora, quieres,
tales desdichas pasan,
hacer que el mas lloroso y triste sea.
Lis. Llámale alegre quien casar desea,
que para mi lo fuera, Inés, el dia
que pudiera trocar tan nuevas galas
y esa falsa alegria,
que la mayor igualas
en negro luto y blancas tocas.
Ines. Mira
que en brazos de la noche el sol espira:
tus deudos, tus criados, tus amigos
de tu padre y hermano traen á Octavio.
Lis. Todos de tanto agravio
vendran á ser testigos.
Ines. Finge alegria que entran en la pieza.
Lis. No lo puedo acabar con mi tristeza.

ESCENA XV.

Dichas, Florela, Lucindo, Octavio, Mendo, D. Alejandro *y convidados.*

Ale. Luego que se den las manos
vayan á llamar, Lucindo,
los músicos, porque quiero
que con mucho regocijo
se celebre el desposorio.
Luc. Tan cuerdo, tan triste miro
(*ap. á Florela y D. Alejandro.*)
á Octavio, que me dá pena,
Flo. Y yo estos dias le he visto (*id.*)
con menos gusto tratar
su casamiento.
Ale. Imagino
que la mudanza de estado
la causa, Florela, ha sido
Men. Estraños estan los novios. (*ap. los dos.*)
Ines. Si que Octavio está muy tivio
y Lisarda mesurada:
¿Qué es esto?
Men. Un retrato al vivo
de los novios de Ornachuelos;
él con ojos de novicio,

y ella trocada en los viernes
la cara de los domingos.

ESCENA ULTIMA.

Dichos y D. Bernardo *al paño y* Sancho *embozados.*

San. Plegue á Dios que no te cueste
el venir tan atrevido
alguna desdicha.
Ber. Calla,
que el alboroto y el ruido
de la casa, nos defienden
para no ser conocidos:
y en viéndoles dar las manos
volveremos al camino,
tú sin miedo, yo sin alma,
ni conocidos ni vistos.
San. Esto quieres?
Ber. No puedo,
Sancho, por mas que porfio
dejar de verlos casar.
San. Tienes tan fuerte capricho,
que hasta verlos acostados
y por ventura con hijos
no querrás salir de aqui.
Ale. Ya que mis deudos y amigos
estan presentes, ¿qué falta?
Flo. Que se den las manos.
Luc. Primo,
llegad; llega tú, Lisarda.
Oct. Que te aguardes te suplico
Lisarda. (*la detiene.*)
Lis. Por qué?
Oct. Yo soy
quien te ha querido y servido
como sabes.
Lis. Es verdad.
Oct. Pues yo soy ahora el mismo
que te desprecio, y te dejo;
que este desprecio es debido
al tuyo, que en tanto tiempo,
ingrata á tantos servicios,
á tanto amor y deseo,
quisiste al mayor amigo
que tube, y por mi desdicha
Lisarda, á tu casa vino.
Aguardé para vengarme
á término tan preciso,
que fuese mi libertad
de tu desprecio castigo:
con esta resolucion
que te cases te permito
con quien tú quieras
Luc. No es hecho
de hombre noble y bien nacido:
la sangre que tienes mia
sacarte quiero. (*echa la mano á la espada.*)
Ale. Lucindo,
detente, que dice bien,
si esto es asi, mi sobrino:
la culpa tiene Lisarda
si es verdad lo que la dijo.
(Mientras que D. Alejandro sè pone en medio de los dos para poner paz, llega por un lado Sancho á Lisarda y dice:)
San. Señora, escucha.
Lis. Quién es?
San. Sancho, señora, Sanchico.
Lis. Pues no os fuisteis á Alemania?
San. Si, mas ya habemos venido
como brujos por los aires.
Lis. Viene Bernardo contigo?
San. Aquel es que está embozado.
Lis. Padre hermano, deudos mios,
no averigüeis si es bien hecho
ó mal hecho lo que hizo
Octavio en desprecio vuestro,
que desde este punto digo
que se ha de llamar de todos
el desprecio agradecido:
porque si aqueste desprecio
para mi remedio estimo,
lo que vá de mal casada
á estarlo con gusto mio,
justo será que se llame
el desprecio agradecido,
y que le agradezca á Octavio
desprecio que es beneficio.
Ya estoy casada.
Ale. Y con quién?
Lis. No está lejos mi marido:
desembozaos caballero, (*á D. Bernardo.*)
y dadme la mano.
Ber. Afirmo
con dárosla, y con el alma,
Señora, cuanto habeis dicho.
Luc. Es D. Bernardo?
Ber. Yo soy.
San. Y yo, Inés, á tu servicio
Sancho de Oviedo, hijo-dalgo
como un pernil de tocino.
Ines. ¿No eres soldado?
San. Qué quieres?
Si en media hora he corrido
de Móstoles á Alcorcon.
Oct. Aunque pudiera contigo
enojarme, D. Bernardo,
tu casamiento confirmo,
y de Lisarda á Florela,
pues que viene á ser lo mismo,
mudo la mano y el alma.
Ale. No pudo haber sucedido
mayor dicha en tal desprecio.
Lis. Por eso el poeta dijo,
que siempre se le llamase
el desprecio agradecido.

Fin de la comedia.

Madrid, 1848.

Imprenta de D. Vicente de Lalama

Calle del duque de Alba, n. 13.